

Dios es nuestro soberano dueño, y solo Dios es á quien servimos tan mal. Convéncete de una verdad tan importante, como que es el fundamento de nuestra fe, y arregla á ella tu conducta. No dejes, no ceses de decirte por la mañana, por la noche, á todas horas: No estoy en este mundo para los bienes de la tierra, sino para los bienes eternos. Vivo en la tierra como forastero y caminante. Tanto en la abundancia, como en la pobreza, tanto en la prosperidad, como en la adversidad, repite continuamente: Solo á Dios conozco para servirle y para agradecerle: todo lo que no es Dios ó no me sirve para ir á Dios, es nada, y por nada lo debo contar.

2 Si eres religioso, vive solo para hacer la voluntad de Dios. Nada has de hacer nunca por tu eleccion: mira á tus superiores como intérpretes de la voluntad de Dios; jamás quieras tener parte en sus destinos ni en sus empleos; depende en todo de la obediencia, que es el secreto infalible para ser santo. Aunque pongan en tu mano la eleccion del puesto, del ejercicio, del empleo, déjate gobernar por la Providencia; ninguna cosa nos perjudica tanto como la propia voluntad. ¿Quieres vivir contento? ¿quieres morir consolado y sentir en aquella hora los dulces efectos de una entera confianza en la divina bondad? pues depende en todo de la obediencia, y estarás seguro de hacer en todo la voluntad de Dios. Pero sobre todo, profesa siempre una tierna y singular devoción á la santísima Virgen. No hay señal mas segura de predestinacion, que la verdadera devoción á esta Señora; llámala siempre tu querida madre; ámala como á tal; sírvela con zelo, con fervor, y despues de Jesucristo pon toda tu confianza en la Madre de Dios.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CLEMENTINO, TEODOTO Y FILOMENO, en Heraclea en Tracia (durante la persecucion de Aureliano.)

SAN SERAPION, mártir, en Alejandria; á quien en tiempo del emperador Decio atormentaron cruelmente los perseguidores, descoyuntándole primero todos sus miembros, y de esta suerte lo precipitaron desde lo alto de su misma casa, con lo cual mereció ser mártir de Jesucristo (el año 252.)

SAN VENERANDO, mártir, en Troyes de Francia, en tiempo del emperador Aureliano. (Despues de un glorioso martirio, acabó su vida degollado en la misma ciudad, el año 272.)

SANTA VENERANDA, virgen, tambien en Francia; la cual en tiempo del emperador Antonino, siendo Asclepiades presidente, alcanzó la corona de mártir.

SAN HIPACIO, obispo, en Gangres en Paflagonia; el cual cuando volvia del concilio Niceno, le apedrearon en el camino los herejes novacianos, y murió mártir (por los años 326 á 327.)

SAN SERAPION, en Argel en Africa, el primero de los del orden de nuestra Señora de la Merced, que por la redencion de los fieles cautivos y predicacion de la fe cristiana, siendo crucificado, y despedazado miembro á miembro, mereció obtener la palma del martirio. (Véase su vida en las de hoy.)

EL MARTIRIO DE MUCHÍSIMAS SANTAS MUJERES, en Emesa, que por la fe de Cristo padecieron muy atroces tormentos por el muy cruel Mady, caudillo de los árabes (y fueron al fin degolladas el año 773 de Jesucristo. Los fieles recogieron sus reliquias y les dieron sepultura, y con su contacto se obraron muchos prodigios.)

SAN JUCUNDO, obispo y confesor, en Bolonia. (Dice Ferrario que fué el décimo obispo de Bolonia, cuya Iglesia hizo florecer en pureza de disciplina y santidad de costumbres. Murió el año 483.)

SAN LORENZO (ó LORCAN en irlandés), obispo de Dublin, en Irlanda. (Fué hijo menor de un príncipe de Irlanda. Contaba doce años cuando abrazó el estado eclesiástico, y á los veinte y cinco le nombraron abad del monasterio de Glendaloch. Gobernó su numerosa comunidad con prudencia y virtud, y en una grande hambre que afligió aquella tierra, como otro José fué el salvador de su patria con su caridad ilimitada. No por esto faltaron tribulaciones á su paciencia para ejercitar su virtud; porque algunos malos religiosos que no podian sufrir el celo con que condenaba la irregularidad de su conducta, asaltaron su reputacion con la calumnia; mas el Santo triunfó con su bondad y silencio. A la edad de treinta años fué unánimemente elegido arzobispo de Dublin: en su largo pontificado tuvo lugar para desplegar su zelo por la reforma de la disciplina eclesiástica, y las costumbres públicas. Los pobres le buscaban como á su padre; y en la horrorosa hambre de tres años que asoló la Irlanda, mostró el venerable pastor que su caridad no tenia limites. Los pontífices, los reyes, y príncipes procuraban sus consejos, y hasta los Padres del onceno concilio general celebrado en Letran el año 1179, al cual asistió S. Lorenzo, le tributaron los mayores elogios por su sabiduria y su zelo. El Señor le concedió el don de milagros, de modo que en la hula de su canonizacion se refieren siete muertos resucitados. Su vida fué siempre acompañada de bendiciones, y su muerte, acaecida el año 1181, fué tambien gloriosa en el Señor. *Butler.*)

SAN DIEGO DE ALCALÁ, CONFESOR, RELIGIOSO DE LA
ÓRDEN DE SAN FRANCISCO (*).

Nació al mundo S. Diego el año 1400, en S. Nicolás del Puerto, aldea del arzobispado de Sevilla, en el reino de Andalucía. No tenían sus pobres padres con que hacerle una gran fortuna; pero le inspiraron el temor santo de Dios, que vale mas que todos los tesoros. Tomó Dios posesion de su tierno corazón, y el Espíritu Santo fué su guia desde su infancia. Por eso desde ella amó el retiro y la oracion. Hizose desde entonces reparar y estimar por su inclinacion á las cosas espirituales, por su modestia, por su abstinencia, y por la pureza de sus costumbres. El mismo Espíritu Santo le desvió del comercio del mundo para que no perdiese en la juventud la inocencia que habia conservado en la niñez. Fué Diego á entregarse á la direccion de un virtuoso sacerdote que estaba retirado en una ermita no léjos de S. Nicolás, dedicado enteramente á ejercicios de penitencia y de mortificacion. En aquella soledad hizo nuestro Diego una vida santa, desprendida de todo afecto terrestre, meditando las verdades de la salvacion, orando incesantemente. Manteniase de limosnas; y para evitar la ociosidad, el tiempo que le dejaba libre la oracion y los demás ejercicios espirituales, le empleaba en algun trabajo de manos; pero sin que el mismo trabajo interrumpiese la oracion. Hiciese lo que hiciese, siempre tenia á Dios en la boca y en el corazón. No vendía lo que trabajaba, porque habia renunciado el dinero; pero regalaba con ello á los que le daban limosna en muestras de su agradecimiento, negándose generosamente á recibir lo que le ofrecian en consideracion de esto mismo, y no era absolutamente preciso para socorrer su necesidad. No pocas veces repartia con otros pobres la limosna que le daban. Llegó á tanto su desinterés, que habiendo encontrado una bolsa en un camino, ni aun se dignó levantarla. Era tanta su humildad, que recibia con gozo todo lo que le podia hacer despreciable á los ojos de los hombres. Procuraba tener á raya el cuerpo, el alma y los sentidos con el freno de una continua mortificacion. Por su atencion, por su vigilancia, por aquella zelosa circunspeccion con que estaba siempre muy dentro de sí mismo, logró evitar las sorpresas del enemigo de la salvacion. El mismo espíritu de vigilancia con que espiaba continuamente todos sus pasos y movimientos, le abrió los ojos para

(*) Esta fiesta celebra la Iglesia de España el dia 11.



S. DIEGO, C.

conocer los lazos que armaba el mundo á la inocencia, y quiso librarse de ellos. Pidió ser recibido en la religion de S. Francisco, y lo consiguió, pretendiendo para lego, por ser hombre sin letras, y porque aquel estado favorecia mas á su humildad. Tomó el hábito en el convento llamado la Arrizafa, distante media legua de Córdoba. Desde luego hizo ánimo de observar á la letra la regla de su instituto, y lo cumplió de manera, que su vida se podia reputar por animada copia de la misma regla. El espíritu de humildad, de pobreza, de mortificacion y de caridad cristiana, que era el espíritu primitivo de su santo patriarca, resplandecia en aquel vivo modelo de caridad, de mortificacion, de pobreza y de humildad. Entregóse de tal manera á la obediencia, que para él todos eran superiores suyos. Veneraba en las órdenes de sus prelados las del mismo Jesucristo: obedecia á aquéllos como obedeceria á éste, reconociendo que de la autoridad de éste dimanaba la de aquéllos. Era la voluntad de Dios su única regla, y nada queria fuera del orden de la suprema voluntad. Para él eran indiferentes todos los empleos: cualquiera ocupacion que trajese el sello de la voluntad de Dios era para Diego muy estimable; pero sin este sello, por grande, por acomodada que fuese, ni le movia, ni la apreciaba. Sus penitencias eran asombrosas, y su vida como un continuado ayuno. Trataba á su carne con el mayor rigor, y no estaba contento mientras no la veia toda cubierta de sangre. Pareciéndole un dia de invierno que se habia escitado en ella algun ardor de concupiscencia, se arrojó intrépido á un estanque de agua belada, manteniéndose en él hasta que faltó poco para que se estinguiese el calor natural juntamente con el de aquel otro ardor forastero. La pobreza universal, que tanto encomendaba y practicaba tanto el patriarca S. Francisco, la amó siempre de tal manera, que se podia decir no tenia otra cosa que el roto hábito que traia á cuestras, el rosario, y un libro de meditaciones y oraciones. Aun esto poco no era suyo, y solia decir que no tenia cosa propia sino el pecado, que procuraba destruir continuamente. Pero en medio de esta estremada pobreza personal, parecia rico y poderoso respecto de los prójimos, porque su caridad siempre industriosa le sugeria medios para socorrer las mas apuradas necesidades.

La gran virtud que resplandecia en este religioso hizo entender á sus prelados que queria Dios servirse de él en mas altas empresas. Enviáronlo á las islas Canarias ó Fortunadas, con el sacerdote Fr. Juan de Santorcaz. En la de Fuerteventura fundó un convento de que fué guardian. Encontró en aquel país muchos idólatras; y considerándose obligado á ganarlos para Jesu-

cristo, padeció los trabajos de un apóstol, y recogió tambien los frutos. Quedaron en la isla pocos infieles que no abriesen los ojos á la luz de la fe; y animado de este feliz suceso, formó un nuevo plan de conquistas apostólicas, y pasó á la gran Canaria, donde hasta entonces no se habia oido hablar de Jesucristo, dispuesto á derramar la sangre por anunciar su Evangelio, pues ardia en deseo del martirio; pero tenia Dios otros intentos, y no permitió que abordase á ella, porque los pilotos no se atrevieron á saltar en ella temiendo la ferocidad de aquellos habitantes, y una borrasca acabó de desvanecer el proyecto. Redújose, pues, á cultivar la isla de Fuerteventura, y luego que acabó de conquistarla, fué llamado á España, por los años de 1449, y se retiró al convento de nuestra Señora de Loreto, distante de Sevilla tres leguas.

Estando cierto dia el Santo en Sevilla manifestó el don de milagros con que ordinariamente favorece Dios á los que honra con el carácter de apóstoles. Aconteció que un muchacho por huir el castigo de su madre se escondió dentro de un horno, y se quedó dormido. La madre sin saber, ni aun imaginar que su hijo pudiese estar en el horno, le llenó de leña, y le encendió. Despertó el muchacho con el calor de la llama: lloró, gritó; pero ya no era tiempo de poderle socorrer: el fuego era violento, se habia apoderado de todo el horno, y no era ya posible salvar al niño. La afligida madre, desesperada con el dolor, salió por las calles dando alaridos como una loca, y acusándose de que habia sido homicida de su hijo, dispuso la divina Providencia que S. Diego se hallase á la sazón cerca de su casa: consolóla como pudo, y enviándola á que hiciese oracion delante del altar de nuestra Señora, se fué derecho al horno con su compañero, y seguido de innumerable gentío. ¡Cosa asombrosa! Ya casi se habia consumido toda la leña, y sin embargo el muchacho salió del horno sano y libre sin que las llamas le hubiesen hecho la mas mínima lesion. Era patente el milagro, del que fueron testigos innumerables personas, y el muchacho fué llevado á la capilla de la santísima Virgen, donde su madre estaba haciendo oracion por él. Vistiéronle de blanco los canónigos en reverencia de la misma Señora, y desde entonces se hizo muy célebre aquella santa capilla, concurriendo á ella grande multitud de fieles á implorar la proteccion de la Madre de los afligidos. Otros muchos milagros hizo S. Diego por ser en él muy abundante la gracia de las curaciones.

El año siguiente se celebró en Roma capitulo general de su orden á que acudieron tres mil ochocientos religiosos. Fué á él el

bendito Fr. Diego acompañando á Fr. Alonso de Castro, ambos iban á pié y descalzos, y asistieron á la canonizacion de S. Bernardino de Sena que se hizo por aquel tiempo. El concurso de gentes que hubo aquel año en Roma con motivo del Jubileo, ocasionó una especie de contagio que alcanzó á los padres del capitulo. Fué éste un nuevo campo que abrió Dios á S. Diego para que ejercitase la caridad. Por su cuenta tomó la asistencia de los enfermos, servíalos con amor, cada cual creia tener en Diego un médico y un enfermero para solo él. Esmerábase en procurar que nada les faltase; con ser tal aquel año en Roma que hasta los mas ricos padecieron hambre, los enfermos de san Francisco estuvieron sobrados de todo. Pondera esto Sixto V en la bula de su canonizacion.

Vuelto á España fué enviado al ejemplarísimo convento de Sta. Maria de Jesus de Alcalá de Henares, nueva fundacion del arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo de Acuña. Ninguna novedad le causó esta mudanza: en todas partes sabia él hallar á Dios; no buscaba el aprovechamiento en los lugares, sino en la obediencia. Trece años estuvo en este convento, á escepcion de un breve tiempo que pasó en el de nuestra Señora de la Salceda.

En los últimos años de su vida estendió las velas de su deseo á todas las virtudes: dias y noches enteras pasaba en oracion, vivia trasportado y como endiosado; los pies en el suelo, el corazon en el cielo y en lo que hace bienaventurados á sus moradores. Derretíase en lágrimas meditando la pasion de Cristo, la cual era el objeto mas ordinario de su oracion: en ella meditaba continuamente teniendo un crucifijo en la mano, siendo algunas veces tan vehemente la fuerza de su amor, que se quedaba estático y elevado en el aire. Nada le movia tanto como la vista de aquella sagrada víctima sacrificada en el monte Calvario á manos de su mismo amor. Pero cuando pasaba del sacrificio cruento del Calvario al sacrificio incruento del altar, se duplicaba el incendio en su amante corazon, enternecido con la consideracion de tan estupendo beneficio del Esposo celestial. Un Dios, hecho alimento del hombre, era el objeto de su pasmo y el sustento de su amor, cuyas llamas ardan mas encendidas cuanto mas se apacentaba del Dios del amor; y al paso que mas se nutria con la divina sustancia del eucarístico pan, cobraba su espíritu mas vigor y se abrasaba en mayores incendios su amoroso corazon. A la devocion que tenia con el Hijo, correspondia la que profesaba á la Madre; pues no es posible una devocion sin la otra. Es Jesucristo la fuente de las gracias, y María es el canal. Colmónos

Cristo de beneficios, comunicando á nuestra humanidad los tesoros de su misma divinidad; pero María es la madre de ese Hombre-Dios que nos enriqueció. Profesaba, pues, nuestro Diego un tierno amor á María, venerándola como á su asilo, á su patrona, su abogada, su consuelo y su esperanza. Ayunaba en honra suya todos los sábados á pan y agua; celebraba sus fiestas con espiritual alegría; rezaba todos los días el rosario con tanta devoción y con tanto respeto, que se conocía muy bien estaba penetrado de la grandeza de María, y que estaba hablando con la Madre de su Dios.

Era tan grande el concepto que se tenía de su santidad, que solo se le conocía por el nombre del *Santo*. Al fin de su vida, Jesucristo, varon de dolores, quiso refinar su virtud con el fuego de los trabajos. Envióle un absceso en un brazo, sumamente doloroso, que le duró hasta la muerte. Estando una noche muy malo, perdió de tal manera el uso de los sentidos, que todos le reputaron por muerto; pero volviendo en sí de aquel éxtasis, exclamó tres ó cuatro veces: *¡Oh qué hermosas flores hay en el paraíso!* Sintiendo que se le iban acabando las fuerzas, se fortaleció con los sacramentos de la Iglesia, y pasando á ser total el desfallecimiento, se rindió á la naturaleza, y murió la noche del sábado 12 de noviembre del año 1463, reinando en España Enrique IV, y siendo papa Pio II. Sus últimas palabras fueron aquellas que canta la Iglesia en honra de la cruz: *Dulce lignum, dulces clavos, etc.* Dulce madero, dulces clavos, cruz adorable, que sola tú fuiste digna de llevar al Rey y Señor de los cielos. Estando agonizando pidió una cuerda, y poniéndosela al cuello, con una cruz de madera en sus manos, llenos sus ojos de lágrimas pidió perdon á todos los religiosos que se habían juntado en oración al rededor de su cama.

Diéronle sepultura en la capilla de su convento que está, ó estaba, junto á la sacristía. En su sepulcro obró nuestro Señor grandes milagros, de los cuales se hizo proceso para tratar de su canonización. Movió esta causa Felipe II solicitando su canonización en los tiempos de Paulo IV, de los Pios IV y V, de Gregorio XIII y de Sixto V. Mucho contribuyó á este deseo del rey el haber curado milagrosamente su hijo el príncipe D. Carlos de la herida mortal que se hizo cayendo de las escaleras del palacio arzobispal de Alcalá. Canonizó al siervo de Dios Sixto V el año 1588. Inocencio XI señaló su oficio en el Breviario romano, y mandó que se trasladase su festividad al 13 de noviembre, aunque en su orden se continua celebrando en el 12.

SANTA TRAHAMUNDA, VIRGEN.

EN el tiempo que Córdoba estaba dominada de los moros, fué llevada cautiva á aquella ciudad una doncella de Galicia llamada Trahamunda, criada en las cercanías de Pontevedra, y á lo que se echa de ver, religiosa del monasterio de S. Martin, que estaba junto á esta villa. Llevaba con ánimo igual y pacífico los trabajos de la esclavitud; desconsolábala únicamente el vivir entre gente enemiga de Cristo. Esta pena le sacaba las lágrimas á los ojos, echaba de menos el culto con que en su tierra era honrado el verdadero Dios. Doblóse en su ánimo esta amargura la vigilia de S. Juan, acordándose de la muy alegre fiesta que al santo Precursor se hacia en el monasterio de benedictinas de S. Juan de Poyo, distante quinientos pasos del suyo. Y decia: ¡O Señor y Dios mio! ¡quien se hallara mañana en S. Juan de Poyo, para gozar de las dulces festividades de tu casa, y alabar en tus santos tu bendito nombre! Atendió el Señor la súplica de su sierva. De improviso fué arrebatada en espíritu, y amaneció á las puertas del monasterio. No acababa ella de creer lo que le sucedía, deshaciase en lágrimas, á voces publicó delante de aquel gran concurso la misericordia de Dios. Dicese tambien que un palo seco de palma que traía en las manos le plantó junto al monasterio, y prendió, y creció de él una hermosa palma que fué conservada hasta los años 1578. Esto se apoya únicamente en la tradición.

Luego volvió Trahamunda á su casa de S. Martin, donde vivió santamente, y murió en el ósculo del Señor. Allí permaneció su cadáver aun despues de destruido el monasterio de S. Martin, hasta que el Rmo. P. Alonso del Corral, maestro general de la orden de S. Benito, dispuso que le trasladasen á la sacristía de S. Juan de Poyo, donde es hoy venerado. (*Florez. t. 19. p. 51.*)

SAN RUFO, CONFESOR, PRIMER OBISPO DE TORTOSA.

EL bienaventurado S. Rufo era hijo de un caballero noble y rico, natural de la famosa ciudad de Cirene en Africa, el cual vino despues á tanta pobreza, que, avergonzado, huyó de la dicha ciudad con sus dos hijos Alejandro y Rufo, y se acogió á Jerusalem, donde parece que servía á alguno de los principales señores que vivian en esta ciudad. Del Evangelio solo consta, que viniendo Simon, padre de Alejandro y de Rufo, de una alquería á Jerusalem en el día de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo,

los judíos le obligaron á que ayudase á Jesus, llevando algun tiempo la cruz ó parte de ella; porque iba tan maltratado el Señor, que temieron su muerte antes de llegar al lugar destinado (*). Entre los Padres de la Iglesia hay algunos que afirman haber sido Simon gentil, y que en su persona, cuando llevó la cruz de Cristo, se representó la vocacion de los gentiles á la participacion del Evangelio y de la cruz del Señor. Con ocasion de esto como oyese Rufo, hijo de Simon, predicar las grandezas de nuestro Señor Jesucristo, y que despues de muerto hacia grandes milagros, convirtiéndose á nuestra santa fe, y acompañándose con el grande predicador y doctor de las gentes el apóstol S. Pablo, el cual en el cap. 16, v. 13, de la Epístola á los romanos, escribiendo á los cristianos que estaban en Roma, dice así: *Saludad á Rufo, escogido en el Señor, y á su madre y mia* (**). En el capítulo precedente ofreció el Apóstol á los romanos visitarlos cuando emprendiese su viaje á España, adonde deseaba ser conducido por ellos (†). Y siendo S. Rufo tan célebre entre los primeros cristianos, segun lo manifiesta el elogio con que le honra san Pablo, llamándole *escogido en el Señor*; no es de estrañar que el mismo Apóstol lo trajese en su compañía, y lo dejase en la ciudad de Tortosa del principado de Cataluña, despues de consagrarle obispo de ella.

Conforme á los cómputos mas exactos, la venida de S. Rufo con el Apóstol, y su eleccion para la Iglesia de Tortosa no se puede atrasar al año de 61, que es el que señalan los que dilatan mas el viaje del Apóstol á España. Faltando las actas de los primeros ministros del Evangelio elegidos por los apóstoles, no es posible referir los frutos que produciria su predicacion en Tortosa y los pueblos vecinos. Pero habiendo sido de santidad tan eminente, y ministro elegido en el Señor por el apóstol S. Pablo, no puede dudarse, que á su zelo y ministerio apostólico se deben en gran parte los progresos que tuvo la religion cristiana

(*) Et angariaverunt prætereuntem quempiam, Simonem Cyrenæum venientem de villa, patrem Alexandri et Rufi, ut tolleret crucem. *S. Marcos, cap. 15, vers. 21.*

(**) Como si dijera: á quien respeto y amo como á mi misma madre, ó como si fuera mi madre. *Scio.*

(†) *Cuando me encaminare para España, espero que al paso os veré, y que me acompañareis hasta allá.* Epist. ad Rom. cap. 15, v. 24. De este lugar y de la carta de S. Clemente á los de Corinto, se prueba que S. Pablo vino efectivamente á España á predicar la fe de Jesucristo, segun así lo afirma tambien un gran número de Padres. *MAM. Ant. Chr. tom. 2. lib. 2. pág. 287.*

en la provincia tarraconense. El P. Domenec en su ya citada Historia de los Santos de Cataluña, dice, que los historiadores del reino de Valencia tienen por tradicion, que la fama de los sermones de S. Rufo, llegó hasta Valencia; con cuyo motivo le suplicaron algunas personas principales de aquella ciudad se sirviese enviarles predicadores, que les enseñasen la fe de Jesucristo. Hizolo el Santo enviándoles cuatro clérigos discípulos suyos, que les enseñaron la ley evangélica.

Habiendo, pues, el glorioso Santo con su predicacion y vida santísima gobernado maravillosamente su obispado de Tortosa el tiempo que en ella estuvo, y enriqueciéndose de grandes tesoros de virtudes, fué servido el Señor llevarle á gozar de su gloria para siempre en el cielo; donde lo tienen los de Tortosa por su perpetuo abogado é intercesor. Los martirologios no señalan el lugar del fallecimiento de S. Rufo, y por lo que toca al dia, lo ponen en el 21 de noviembre. Pero el dia de su fiesta ha sido en todo tiempo el 14 de noviembre, en que se ha celebrado antes del concilio Tridentino con solemnidad y con octava, leyéndose en el rezo lecciones propias, en las que se refiere no solo su obispado en Tortosa, sino tambien la conservacion de sus reliquias. Esto segundo tiene tambien el testimonio que menciona Martorel en la pág. 348. Despues de cesar el uso de los brevuarios particulares de las iglesias, rezó la de Tortosa y toda su diócesis de S. Rufo con rito doble y octava; pero tomando el oficio del comun de Confesor Pontífice, por decreto de Urbano VIII dado en 10 de febrero de 1629. En el año de 1671 aprobó la S. C. de R. el himno propio del Santo, que presentó el cabildo de la misma Iglesia, concediendo que se pudiese rezar en ambas visperas y maitines. En este himno despues de invocar al Espíritu Santo, se ponen tres estrofas que contienen la tradicion de esta Iglesia acerca de su santo obispo y patrono. (*Risco, Esp. Sag. tom. 42, y Dom. Hist. Santos de Cat.*)

SAN SERAPIO, DEL ÓRDEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, MÁRTIR.

Nació el glorioso mártir S. Serapio, segun la mas corriente opinion, en la famosa ciudad de Londres, corte del rey de Inglaterra, año de 1178. Fué su padre Rothlando, llamado de Escocia, por ser su casa originaria de la noble y clara stirpe y familia de los Escotos de dicho reino, y deudo muy propincuo de su rey Guillermo. Su madre, si bien se ignora el nombre como el de su apellido, pero segun se colige de lo que las mis-